



Mujeres tabasqueñas despulpadoras de jaiba en Estados Unidos

Viajar a Carolina del Norte les permite obtener un salario medio de 400 dólares semanales, 10 veces su ingreso regular en México; contribuir de manera determinante al bienestar de sus familias y comunidades mejorando su nivel de vida; potenciar rasgos de empoderamiento, y generar ciertos cambios en las relaciones de género al interior de sus grupos domésticos.

*Esperanza Tuñón Pablos y Laura Vidal Fernández**

Hace 14 años, un grupo de 24 mujeres tabasqueñas dedicadas al despulpado de jaiba fueron las primeras en migrar de manera temporal y documentada a Estados Unidos para trabajar en diversas empresas del mismo giro productivo en Carolina del Norte. Hoy son más de 400 mujeres de los municipios de Jalpa de Méndez y Paraíso las que migran de siete a ocho meses al año al país vecino para laborar en cinco empresas: Fair Field, Mattamusquette, Elizabeth City, Oriental y Windsor.

Sus motivos para desplazarse no son la búsqueda de un trabajo incierto, como sucede comúnmente con la migración masculina mexicana a Estados Unidos, ni la reunificación familiar que explica el proceso migratorio de muchas mujeres que viajan a reencontrarse con

su pareja al “otro lado” de la frontera. Ellas van con “trabajo seguro” al ser contratadas por las empresas estadounidenses de manera directa en sus comunidades de origen, y viajan solas o en grupos, dejando tem-

poralmente en sus pueblos a la pareja, familia e hijos.

La mayoría son casadas; tienen hijos entre 10 y 20 años; cuentan con educación primaria incompleta; en sus comunidades se dedican durante



* Esperanza Tuñón es investigadora de la División de Población y Salud de ECOSUR Villahermosa (etunon@vhs.ecosur.mx) y Laura Vidal es egresada de la maestría en Recursos Naturales y Desarrollo Rural de ECOSUR.



cuatro o cinco meses al año al trabajo doméstico y a despulpar jaiba por 400 pesos semanales en promedio; requieren establecer sólidas redes de apoyo y procesos complejos de negociación con sus familias, especialmente esposos y otras mujeres de su grupo doméstico, para poder migrar.

Viajar a Carolina del Norte les permite obtener un salario medio de 400 dólares semanales, que equivale a 10 veces su ingreso regular en México; contribuir de manera determinante al bienestar de sus familias y comunidades mejorando su nivel de vida; potenciar rasgos de empoderamiento, y generar ciertos cambios en las relaciones de género al interior de sus grupos domésticos. Como dice Leticia:



“Aquí no hay trabajo para mujeres y se gana mejor allá; a mí me gusta el trabajo para que mis hijos tengan lo que quieren; yo le dije a mi marido que iba a tener una casa de material y le aposté a que me iba a Estados Unidos.”

A cambio de esto, las mujeres deben enfrentar diversos costos derivados de su decisión de migrar y garantizar las actividades cotidianas de reproducción de su grupo doméstico que, básicamente, consisten en asegurar el cuidado del hogar y de los hijos durante su ausencia. En general, dependen del apoyo que les brinden otras mu-

jer del grupo doméstico en estas tareas: madres, hermanas, hijas mayores y suegras. Así, Lupe y Carmen señalan:



“En mi caso, la que me ayudó cuando estuve allá fue mi suegra, porque fue mi suegra la que se hizo cargo de darle su comida a mi esposo y lavarle la ropa, y a veces mis hermanas, igual que me ayudaban con la limpieza de la casa.”

“Pues mi mamá y mi cuñada que estaba aquí, entre las dos, ahí se la llevaban, porque mi cuñada decía que estaba por nosotros, y se encargaron del cuidado de la casa. Ella era la que apoyaba a mi mamá en los quehaceres de la casa y si mi mamá se enfermaba ya ella la veía.”

Sin embargo, en este proceso las mujeres migrantes están empezando a alterar, así sea en un mínimo grado, la asignación genérica de los quehaceres domésticos y atención de los hijos, en tanto que algunas parejas masculinas se involucran más en estos aspectos cuando las mujeres se encuentran trabajando en Estados Unidos. Martha, por ejemplo, relata que:

“Prácticamente aquí es mi esposo, él se quedó con ellos, pero la comida mi suegra se la hacía y la ropa, pues, mi hija ya estaba más gran-

decita y ella la lavaba; ellos la ayudaban y mi mamá también, mi mamá siempre nos ayudó igual, pero ya mi esposo aquí se quedaba también... y él hacía la comida.”

Si bien las madres ocupan un lugar privilegiado en el apoyo logístico de las migrantes y suelen ser un elemento de equilibrio en las negociaciones con los esposos y padres, en ocasiones juegan también un importante papel en el chantaje y culpabilización de las mujeres que migran. Al respecto, Rocío nos cuenta:

“A última hora mi mamá me dijo ‘anda vete, si te enfermas allá o que te pase otra cosa, o que me pase a mí alguna cosa acá, eso queda a tu conciencia’. Y la verdad pues así ya no, no viajé, porque me dije que tal que le pase algo a ella o me pase algo a mí, y mejor así no, y ahora sí que se quedaron los documentos arreglados y ya no viajé.”

Por otra parte Elba y Araceli explican, con sus testimonios, los costos negativos que para ellas tiene la migración en el ámbito familiar:



“Yo me fui confiada... pero cuando regresé ¡hummmm! todo estaba de cabeza... Encontré a mi muchachito pues ahí, regular, dicen que de noche entraba de las calles, en el vecindario, todo sucio, y agarraba la calle... y pues así no, decidí no viajar más...”



“Cuando regresé mi marido estaba peor porque era puro tomar, tomaba un mes y lo metían preso. Mi esposo tomaba y me dejaba los niños ahí, parece que no los quería.”

Pese a estas dificultades, el sentir generalizado de las mujeres es de satisfacción por haber salido de sus casas, vivido nuevas experiencias y haber beneficiado a su grupo doméstico con su trabajo. De la misma manera, expresan su disposición a seguir migrando y sus discursos reflejan procesos de mayor autoestima. En este sentido, Conchita y Alma relatan:

“Sí mejoró mi situación. Me siento bien, mi casa antes estaba pobre, lo logré.”

“A mí me sirvió para el bien de mi casa, entonces yo dije: si ahora me resultó pues vuelvo a ir y así lo hice, siempre he sacado algo de ese trabajo y yo no le veo ninguna desventaja, al contrario, pura ventaja.”

Sin duda, el mayor beneficio se refiere a los ingresos económicos que logran y que les permite construir o mejorar su vivienda, adquirir electrodomésticos y atender los requerimientos de ropa, calzado y educación de sus hijos. Más de la mitad de las mujeres comenta que ellas mismas deciden cómo gastar el dinero ganado en Estados Unidos y que esto no les ha traído difi-



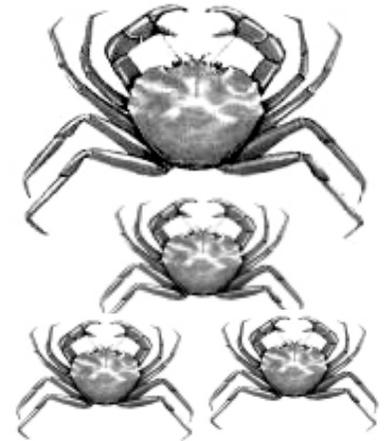
cultades en el hogar, lo que parece estar relacionado con un proceso de empoderamiento que la migración les está brindando. María, por ejemplo, relata:

“Hay muchas personas que ya se van y tienen su dinero y lo meten al banco y hacen su casa o compran ora sí que todo lo que les hace falta... Al menos una señora de aquí ya tiene todo en su casa y dice: ‘yo no tengo necesidad de estar trabajando, pero ya me acostumbré... ya estoy viviendo de lo que gano, ya mis hijos están casados y mi marido me dejó, estoy solita en mi casa pero tengo de todo y ya me acostumbré y no puedo ni quiero dejar el trabajo.’”

Consideramos que la experiencia migratoria vivida por estas mujeres está logrando un cambio tanto por su nivel de remuneración que las convierte en las principales proveedoras del bienestar económico de sus hogares, como por el hecho de que viajar y enfrentarse a espacios nuevos amplía necesariamente la visión que tienen acerca de su vida y sus capacidades. Esto hace que asuman las consecuencias familiares de su partida, luchen por rearticular su espacio cotidiano y de relaciones de pareja a su regreso y decidan, pese a todo, volver a migrar en la temporada siguiente. De esta manera, la migración está creando condi-



ciones de posibilidad para que las mujeres desarrollen rasgos de autonomía y alteren algunas de las normas de poder genérico vigentes en sus grupos domésticos. ☉



Testimonio

El valor del dinero

“... trabajo y trabajo, pero no veo el dinero, pues ¿por qué no veo el dinero? Un poco lo ahorro y otro me lo gasto; pero este dinero de aquí [de México] no vale allá [en Honduras]. Por eso, yo lo que quiero es irme pa'l norte, porque está bien bajo este dinero de aquí.”

Entrevista a Mario, hondureño, 16 años; llegó a Tapachula a los 8 años. Proyecto Menores Fronterizos, 4 de abril de 2002.